



«Lo que no podía cantar,
lo decía»

JOSÉ CARBAJAL «el Sabalero»

Por Gerardo Mantero y Luis Vidal Giorgi.

José Carbajal, «el Sabalero», es una de las voces emblemáticas de nuestra música popular. Autor de «Chiquillada» y «A mi gente», desde la década de los sesenta hasta nuestros días ha sabido interpretar temas que se han transformado con el tiempo en señas de identidad colectiva. Su azarosa vida comienza en Juan Lacaze, departamento de Colonia. Fue obrero en una de las fábricas textiles afincadas en su pueblo natal, en 1967. Llega a Montevideo y comienza a actuar en peñas folclóricas para emigrar, primero, a la Argentina y, luego, a España, Francia y Holanda. Más que un cantautor, Carbajal es un gran decidor que

desde el escenario recrea paisajes y sentimientos que reflejan una personalidad anárquica y cálida a la vez.

Gerardo Mantero - Luis Vidal Giorgi

-¿Cuáles fueron las primeras influencias musicales y literarias del gurú que vivía en Juan Lacaze, en aquel escenario que describís muy bien entre el humo de las fábricas y las dunas llenas de pescadores?

-¡Sabés que no sé! Siempre fui muy lector, desde guacho, y además era la época en que se leía, los años 60. ¿Te acordás que en aquellas épocas iban los vendedores de libros a los pueblos? A Juan Lacaze iba el Coco Chiesa, un viejo vendedor de libros, ojalá que viva todavía. No sabría decirte si fui influido por algún escritor; musicalmente pude haberlo sido por Sampayo, que tiene mucho que ver con lo que yo hago, porque le canta al río, a la gente de la costa. El ritmo también creo que viene de él, por ejemplo la chamarrita. Yo no sé nada de estructuras musicales, no tengo ni idea, entonces las influencias no son técnicas. Son por escucharlo, por degustarlo, y también por repetirlo. A veces yo cantaba canciones suyas. Creo que todos estamos influidos por todo aquello que escuchamos.

-Desde «Chiquillada» hasta tus búsquedas actuales ha habido una evolución...

-¡Y, sí! ...todo cambia en la vida. Hay muchas cosas que se van y no vuelven más. Y también se va aprendiendo a escribir. «Chiquillada» es una de las canciones que yo más quiero, es una de las canciones más cándidas, más infantiles, junto con «Grillo Cebollero». Después uno empieza a exigirse escribir mejor... aunque así están bien, si no la gente no las cantaría. Pero uno siempre anda buscando defectos, intenta superar esas cosas y no sé si las supera, no estoy muy seguro. Después me sedujo el relato más que la canción. Ahora sólo escribo relato, prosa. Nunca más escribí en verso. La verdad es que no sé si eso ha sido una evolución o una involución.

-Sos de los pocos artistas que ha tenido un pasado obrero. ¿Cómo te marcó esa experiencia?

-Sí, eso fue una suerte. Puedo escribir en ese sentido con conocimiento de causa. No hay mucha imaginación ahí, cuando hablo de la fábrica hablo de lo que literalmente viví, de lo que conozco. Cuando voy a Juan Lacaze y hablo con mi gente y es mi lenguaje el que uso con cualquiera de ellos. Muchos amigos con los que trabajé en la fábrica me dicen: «¡Pa' loco, como llegaste a que te conociera la gente con tus canciones!». Pero en realidad es el lenguaje de ellos, son las palabras de ellos. Yo les digo: estas canciones que yo canto no son mías, no es mi lenguaje, es el lenguaje de todos ustedes, son las palabras, las expresiones, los conceptos, incluso es la mentalidad de mi pueblo; culturalmente estoy influido por Juan Lacaze y por el ambiente «fabriquero». Mi vieja trabajaba en la fábrica, también mi viejo, mis hermanos, mis vecinos, los que no eran vecinos... todos trabajamos en la fábrica. Y los que no trabajaban en ella funcionaban dentro de la economía que generaba la fábrica o las fábricas. Juan Lacaze también era una terminal de trenes, y cuando la máquina llegaba era muy pintoresco. Cuando se daba vuelta, porque tenía que darse vuelta para volver a salir, crujía por todos lados. Después, con los años, leo «El villorrio» de Faulkner y veo esos paisajes que él describe, esos poblados, esos campos americanos, esos personajes, y me hace recordar mucho lo que era Juan Lacaze cuando yo era chico. Leía a Faulkner y parecía que veía a mi pueblo. Esos tanques de agua altísimos, los molinos que sacaban agua, las casas bajitas, los viejos fundilludos, la gente modestamente vestida... todo el mundo laburando y funcionando con poca plata,

pero funcionando al fin.

-¿Cómo fue tu primera incursión por Montevideo?

-Fue en el 67. Hace poquitos días me encontré con el compañero con quien vine a Montevideo, con «el Muerto» Gutiérrez. Me dio mucha alegría. Me contó que estaba enojado conmigo. Yo no lo veía hacía 42 años y nos encontramos en la noche del 10 de diciembre, en una cena. Lo convencieron y fue, pero no iba a ir porque estaba enojado conmigo aunque yo no sabía que lo estaba. Sin embargo lo reconocí, ¡habían pasado 42 años! Resultó que él había ido a mi casa un día a saludarme y mi vieja, que era una vieja celosa, le dijo que yo estaba durmiendo y que no me iba a molestar; pero yo nunca lo supe. Y, para mejor, una vez que fui a cantar a Juan Lacaze él estaba enfrente y yo no me di cuenta que era él. ¡Estaba cada vez más enojado! Es que después de 40 años uno cambia muchísimo. Yo le decía: «Che, Muerto... ¿vos te acordás cómo era yo? Si no hubieras visto nunca más una foto mía, ¿me reconocerías?». Y me dijo: «No, la verdad que no». Y nos amigamos. ¡Mirá lo que hacen las madres por bondad! ¡Para protegerte te espantan los amigos! Creo que estábamos de huelga y vinimos con «el Muerto» a comprar cosas para vender. Vendíamos cremas en el campo, íbamos a las chacras, a las lecherías, a los tambos de Colonia, y también vendíamos cosas de plástico porque en esa época había muy pocas: bols, palanganas... Sobre todo las cremas para la piel de las mujeres. Vendíamos, además, piedras de encendedores, y recuerdo haber vendido también un bikini dos piezas en un estancia. ¿Quién iba a usar un bikini en una estancia? Nadie. Pero éramos vendedores y teníamos que comer, vendíamos cualquier cosa. Por entonces me entero que en el Teatro Odéon había un concurso que se llamaba «Festival beat y de protesta». Julio Frade era el filtro y decidía quién podía concursar y quién no, si no podían ser miles de personas. Entonces uno pasaba, cantaba una canción y te decían sí o no. Yo canté «Chamarrita de los pobres» con una guitarra que me prestó Leticia Moreira, a quien quiero muchísimo y con quien después trabajé en Canal 4. Bueno, pasé la prueba, entré al concurso y salí segundo. Ganó

Dino con una canción que hablaba de Vietnam. Fue un festival muy lindo. A partir de entonces Augusto Bonardo inventó un programa con gente de ese festival que se llamó «Gente Joven». Bonardo era argentino, conductor de programas periodísticos y musicales, muy conocido en las dos márgenes del Plata. O sea que de vender piedras para encendedores pasé directamente a cantar en Canal 4. Además yo tocaba la guitarra pero no era cantante, trabajaba en la fábrica, era un obrero. Y me quedé, me quedé para siempre.

-En Montevideo viviste la época, muy dura, de la represión. Tuviste que emigrar: primero a Buenos Aires y luego a España...

-Sí, en Montevideo de a poco te vas metiendo en la problemática social, que obviamente yo ya conocía por el sindicato. Por entonces se creó el Centro de Cantores, que en realidad era el centro de cantores de protesta, pero la misma sigla servía para el Centro de Cantores Populares. Nos metieron presos en julio o agosto del 69. Ya había salido «Chiquillada», y de pronto un tipo que estaba en cana se volvió famosísimo. Entonces me sacaron y me dijeron que me fuera. Me tuve que ir del cuartel. Era una vergüenza que tuvieran preso al del «pantalón cortito». Me fui a cantar a Argentina. Cantaba allá, mi vieja vivía en Colonia... todo me quedaba muy cerca. Cantaba en las peñas, en Canal 11, en Canal 9, Leonardo Favio ya había grabado «Chiquillada», estaba trabajando bien. Un día -ya era el año 73- vino un señor que se llamaba Horacio Adot y me dijo que en Madrid había unas peñas y que le gustaría que fuera, obviamente con todo pago. Y me fui a trabajar a las peñas. A mí no me echaron, yo me fui a trabajar. Pero claro... después ya no pude volver. Estaba el golpe en Uruguay y el golpe en Argentina. Cuando se me terminó el contrato me recontrataron y después ya me metió preso el franquismo. Me agarraron un día y me metieron pa' dentro, me sacaron los documentos y luego me echaron. Me dieron a elegir entre Uruguay -que no elegí-; Portugal, donde ya había pasado el 25 de Abril y la Revolución de los Claveles -yo pensé: ¿y si acá hay una contrarrevolución? Quedo encerrado, porque Portugal está en un rincón-; o Francia. Elegí Francia. Me llevaron hasta la frontera y me dejaron. Ahí sí tuve que pedir un refugio político. Yo no quería estar refugiado, pero cuando fui al Consulado uruguayo me negaron el pasaporte y, bueno, pasé a ser un exiliado político. Estuve cinco años en París, después me enamoré de Anke y me fui para Holanda. Al poco tiempo ella obtuvo una beca para ir a estudiar a México y nos fuimos juntos. En México nos quedamos tres años. Y en el 84 volvimos a Uruguay.

-¿Sentiste que el recorrido por esos países te influyó a la hora de crear?

-Creo que sí. Yo hice un disco de canciones mexicanas. E incluso creo que las canciones que compuse en México están influidas por el país. No son canciones mexicanas, pero algo hay, además de que nombro lugares de México... pero no sé definirlo muy bien, yo no soy muy analítico; la verdad es que eso nunca me preocupó. Las canciones para mí son muy libres: como salen, así van.

-Cuando tus compañeros de ruta volvieron al país desde el exilio se organizaron grandes recibimientos, recuerdo que vos no querías que ello ocurriera. ¿Qué era lo que sentías en aquel momento?

-Vergüenza. Me pareció exagerado todo aquello. Para mi caso me pareció exagerado. Todos seguimos cantando: Los Olimareños, Daniel, Numa, Capella, todos... Cada cual tuvo su vuelta, cada cual optó por una.

-Te has definido políticamente como anarquista.

-Sí, es una manera de definir que no estoy afiliado a nada, no soy incondicional de nada. Estuve 38 años sin votar pero no sé si voy a seguir votando. Ahora voté porque creo en el Pepe Mujica, creo en él. Por eso voté. No es que sea un anarquista de formación por saber muchísimo de Bakunin y de Kropotkin. He leído, como todo el mundo, pero no soy un teórico ni nada por el estilo.

-Volviendo a la canción: algunos dicen que sos un gran «decidor».

-Más bien soy un gran contador de mentiras.

-¿Cómo fue esa evolución hacia la prosa?

-Te voy a contar por qué: la inclinación hacia el relato es por mi falta de voz, por mi falta de manejo como cantante. Entonces hice de una carencia, una virtud. Lo que no podía cantar, lo decía. Además siempre me pareció que a las canciones les faltaba algo. Entonces escribía cosas y las decía. Creo ciegamente que un espectáculo tiene que tener un cuento, sea la expresión que sea: danza, música... hasta un cuadro tiene que tener una historia. Por eso me preocupa que las palabras no falten.

-¿Qué escritores te interesan hoy?

-Hay un escritor argentino, bastante joven, de cuarenta y pocos años, que se llama Martín Kohan y que me gusta mucho. El primer libro que leí de él y que me capturó se llama «Los cautivos. El exilio de Echeverría». Se trata de una crítica muy ácida, muy brutal y con mucho humor, al abandono que sufren los peones de campo, a la brutalidad, a la bestialidad, al miedo, al patrón. A la vez te morís de risa. Hay unos personajes geniales. Después leí un ensayo que se llama «Narrar a San Martín»; ese libro habla de cómo se inventan los próceres. Hace poco leí «El museo de la Revolución» y ahora estoy leyendo otro que se llama «Segundos afuera», que habla de la famosa pelea de Luis Ángel Firpo con Jack Dempsey, en 1923: son 23 minutos de pelea. Los personajes son el referí, el fotógrafo, el relator y los boxeadores. Fue una pelea muy famosa porque Firpo sacó del ring a Dempsey, lo tiró, pero el referí no contó eso y Dempsey volvió a entrar y terminó ganando la pelea. Ésa es la historia, y la cuestión es que Kohan tiene un poder para meterte dentro del cuento que es impresionante.

-Para encontrar tu casa me diste como referencia un busto de San Martín.

-Sí, pero nadie sabe que ese busto es de San Martín. A mí siempre me impresionó cuando San Martín vuelve de Londres y no se baja del barco, viene a Montevideo y luego sigue a Francia y se queda allá; nunca se baja del barco. Cuando vivíamos en Francia una vez nos tocó repartir volantes en la puerta del metro para ganar unos mangos, íbamos también poniéndolo en los buzones de las casas y de los apartamentos. Un día voy a tirar un volante en una casa quinta y leo un cartel que dice «Casa de San Martín». Entré y era un museo.

-En Boulogne-Sur-Mer.

-Exacto, ahí era. Y bueno, a los argentinos no les emociona mucho Artigas y a mí me emociona mucho San Martín. Hace unos meses estuve en Buenos Aires y un escritor entrerriano me regaló una novela sobre Artigas. La novela habla del encuentro de Artigas con su hijo José María. El hijo lo va a ver a Paraguay e intenta convencerlo de volver. Es una maravilla. El autor se llama Francisco Senegaglia. Siendo argentino, el concepto sobre Artigas es fantástico y, además, habla de la traición de Pancho Ramírez, de algunos caudillos argentinos; no creo que enseñen eso en la escuela argentina: son cosas tabú, como acá lo es la matanza de los indios.

-Tenés una buena inserción en Holanda, ¿cómo nos ven desde allá?, ¿cómo ves vos el país desde allá?

-No sé cómo nos ven porque no sé cómo piensan. Yo hablo muy mal el holandés, entonces no tengo mucha relación con holandeses. Pero no nos conocen. Como Holanda tiene una princesa, que puede llegar a ser reina, que es porteña hay, tal vez, un poco más de acercamiento. En toda Europa está de moda el tango, etcétera, pero la verdad es que no tienen idea de Uruguay. Creo que ahora comienza a comentarse lo del Plan Ceibal, pero a un determinado nivel de especialización. La gente como yo no sabe de Uruguay así como nosotros tampoco sabemos de África. Hay cantidad de países que no conocemos.

-Si tuvieras que autodefinirte como uruguayo, ¿cómo lo harías desde esa perspectiva?

-Creo que somos bastante agradables. En México -donde viví-, en EUA -adonde fui muchas veces-, en España, en Australia... creo que estamos bien conceptuados en general, y creo que eso se ha ganado a pulmón. Además, como dicen los españoles, somos «manitas», sabemos hacer todo, a veces somos un poco caraduras, pero a veces tiene que ser así. Andando se aprende.

-¿Qué es el tango para vos?

-Es la radio, es la infancia... para mí es mi casa. La casa de mis viejos con la radio todo el día pasando tango. Yo no canto tango pero sé una infinidad de letras de tango, por formación y por edad. Viví entre el tango y el rock and roll. El tango desde la cuna hasta los 12 o 13 años, cuando empecé con el rock; pero no el rock tocado sino el rock escuchado, bailado, el rock del cine, de «Halley y sus cometas», los Beatles, etcétera.

-¿Qué tango te gusta más?

-Me gusta todo. El de los quintetos con flauta, el tango de la gran orquesta, el tango cantado con guitarra, el de Piazzolla -para definir una generación, porque después vino una cantidad de gente que es la onda de Piazzolla-. Me gusta todo. No me gusta cuando lo bailan como una gimnasia en la que no hay sensualidad. Eso es como un rescate del tango de Hollywood de los años 40, que era más bien una parodia del tango. A mí me gusta el tango de Tito Lusiardo, el baile que se baila en Palermo, en las plazas de Buenos Aires. No son bailarines profesionales: entran y se ponen a bailar. A veces en Holanda se ve, pero también se ve bailar ese tango parodiado que a mí no me conmueve.

-¿Se te viene a la cabeza alguna letra?

-Dejame pensar... «Qué querés hermano, ya no dan más brillo los 60 abriles que encima llevás / junto con el pelo que rajó del mate se te fue la pinta ya no vuelve más./ Dejá las pebetas para los muchachos que esos platos fuertes no son para vos / cantale al sereno y andate a la cama / que después mañana Cipriano / andás con la tos».

-Si no hubieras sido el Sabalero, ¿qué te imaginás que hubieras sido?

-Bueno, sabalero hubiera sido igual porque soy nacido en Juan Lacaze, como todos los sabaleros. Ahora, «el Sabalero»... y, hubiera sido empleado textil. Y me hubiera gustado ser mecánico, me gustan los fierros pero no sé ni las marcas de los autos, sin embargo me parece fantástico eso de poder hacer funcionar una máquina.